27 agosto 1962

143

LLUVIA

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

HOY ha llovido en Sitges. Hay ciudades, pueblos preparados para la lluvia, a los cuales la lluvia les va bien. El paisaje natural y urbano que los envuelve se acomoda a la lluvia y, cuando ésta baja de las nubes, resbala sobre cauces y huellas muy conocidos, por los que ya pasó muchas veces y que se diría que la esperan como a un visitante periódico con el que se congenia. A esas ciudades la lluvia les dota de una singular belleza, les pule las viejas piedras, les limpia los pizarrosos tejados y, no satisfecha con esos oficios, los complementa con otros musicales, y así tintinea sobre el cinc de los canalillos o canta por el tobogán de las gárgolas. Santiago de Compostela es la ciudad maridada por excelencia con la lluvia, cuyo encanto y misterio resplandece un punto menos bajo la luz del sol y cobra, por el contrario, sus tonos de plateresca custodia si un cielo sombrío la remata, del que el zumo del agua se exprime metódica y parsimoniosamente dando luminosidad de espejos a las losas de la Rúa Nueva.

Cuando la lluvia es fiel acompañante de la ciudad, como quienes la habitan está siempre preparados para su llegada y ni en los vestuarios más humildes falta el capuchón impermeable o el ancho paraguas aldeano, que, de hecho, se necesitan continuamente, rara es la ocasión en la que sus poseedores se atreven a salir a la calle sin llevarlos consigo. El impermeable y el paraguas se convierten así en prendas de uso tradicional y diario, del que en muy raras ocasiones—la flor del verano y la flor del día—se prescinde.

Si Santiago—análogamente Bilbao, Oviedo—son las ciudades peninsulares en las que los índices pluviómetricos alcanzan cifras más altas, Londres, en escala internacional, los supera y rebasa. Pero el londinense ha perdido toda sensibilidad a la lluvia, se ha hecho a convivir con ella, y, como consecuencia, la lluvia a perdido también, respecto de los londinenses, su capacidad intimidadora, su eficacia de disolvente. El día de la coronación de Isabel II, llovieron, según la expresión británica, perros y gatos, que una multitud instalada en las tribunas a lo largo del recorrido aguantó impávida. La milésima parte del agua caída sobre tan pacientes espaldas habría malogrado entre nosotros la más solemne y emotiva ceremonia. El entusiasmo y la fidelidad de los súbditos de su muy graciosa Majestad en nada se sintieron mermados porque las cataratas del cielo se hubiesen abierto sobre sus cabezas.

Los pequeños pueblos del Mediterráneo no están habituados a este tratamiento, y menos aún en los meses estivales. La tormentas, sí, los asuelan dos o tres veces por verano, los sacuden—árboles, veletas, campanarios—como si amenazasen con desgarrarlos y llevárselos al mar. En esas horas, por fortuna breves, entre los truenos, los relámpagos y los rayos, la vida urbana se suspende, claro está, y es como si el pueblo gimiese bajo la ocupación de un poder extraño y bárbaro o de un dragón prehistórico. La luz municipal dimite en seguida y cede su paso a la de las descargas eléctricas; los peatones se esfuman y se dejan reemplazar por los improvisados torrentes que llenan las calzadas, que rugen mientras saltan a las playas y forman sobre su arena una crencha ennegrecida. Cuando esos azotes se desatan, los vecinos se enraciman en los portales, se guarecen bajo las cornisas o, lisa y llanamente, se refugian en sus casas, a esperar que la tormenta se deshilache, se desfleque, se muera, en suma. En el Mediterráneo y en el resto dl mundo.

Pero para lo que no está calculado Sitges ni quienes lo viven es para la lluvia pequeñita, desordenada y triste con que ha amanecido hoy. Llueve sin el entusiasmo y la violencia primitiva y semitropical que ya conocemos; llueve de una manera aburrida, convencional y deshilvanada. No lo necesario para abrir el paraguas, pero sí lo bastante para vaciar la playa; no para lavar los coches que ocupan en interminables hileras sus paseos, pero sí para convertir en barro el polvo de los largos aparcamientos; no para que el veraneante piense en salvar su programa a base de naipes o de cine, pero sí lo bastante como para que renuncie al aire libre. Llueve, pues, de un modo incómodo, híbrido y antipático, y la clientela de los blancos toldos se siente expulsada de ellos y deambula sin norte por el "cap de la vila".

Aquí, donde no es frecuente preguntar al aire, vaticinadoramente, la suerte que nos aguarda, el programa que nos brinda, se le analiza e interroga hoy, por si en sus alas nos trae algún alentador pronóstico. "Esto no es nada", dicen los indígenas. Y, en efecto, se presiente que acabará pronto y que las nubes se dejarán agrietar, desmoralizadas, por un sol cuyo poder perforante se acentúa y agudiza a cada momento. El sol ha pinchado ya aquella vedija grisácea e informe que se corría desde la parroquia y aquel otro vellón, negro y ceñudo, el más temible de cuantos flotaban en el arco del horizonte. Ahora se ilumina por dentro y pierde su abrupta apariencia, mientras la luz se hace palpable y risueña y devuelve su gracia a los jardines.

Todo queda reducido entonces a un breve aunque desconcertante interludio, a un episodio intrascendente, en un verano que cumple su ciclo con la fidelidad climatológica que le es característica.

—Aún si estuviésemos en noviembre...—dice alguien.

Pero noviembre se nos antoja, en pleno agosto, como una isla distante a la que no haya de llegarse nunca y su nombre disuena, en la encendida canícula, de una manera extemporánea. Noviembre será, en efecto, el enterrador de esta gloriosa consonancia de calor, de resplandores, de tibieza que es patrimonio del estío y por la que nos dejamos hechizar, como si hubiese de durar siempre.

Por las pinas calles que van desde el mar al centro del pueblo han subido, con aire de visible desconcierto, los millares de bañistas que la lluvia licencia y desmoviliza. Porque—y vale la pena de anotar esta paradoja en nuestra agenda—nada enfada más a quienes pasan sumergidos en el mar varias horas diarias que este plus de la lluvia, esa lucha con que la Naturaleza redondea su inmersión en el líquido elemento. Como cuando no hubo manera de anunciar que se suspendió un estreno y los invitados se desparraman sin saber adónde enderezar sus pasos, así estas tribus heteróclitas de "shorts" y bañadores van, sin rumbo, a derecha e izquierda. Para que la jornada no les resulte baldía, el sol, ahora ya sin vacilaciones, reaparecerá muy pronto y los agrupará de nuevo, bajo su benéfico signo, sobre la arena, como las fichas de un dominó. El pequeño ensayo otoñal quedará así suspendido hasta nueva orden.